



DISCURSO V

*Jesucristo Sacramentado,
antídoto soberano de los perniciosos errores actuales y
del malestar general de las sociedades
contemporáneas.*

*Antidotum, quo liberamur a culpis quotidianis
et a peccatis mortalibus præservamur.*

CONC. TRID., SESS. 13, CAP. 2.

Es la Divina Eucaristía, antídoto con el cual nos
libramos de las culpas diarias ó leves, y nos preser-
vamos de las graves.

1. «Desde el cielo ha mirado el Señor á los hijos de los hombres para ver si hay quien tenga inteligencia ó quien busque á Dios. Pero todos se desviaron y se hicieron á una inútiles, se corrompieron y abominables se hicieron en sus deseos; no hay quien haga bien, no hay ni siquiera uno» (1). Estas fuertes expresiones que profiere el Eterno por boca del vate coronado y que pintan al vivo la general corrupción de costumbres de aquellos tiempos pueden sin duda aplicarse perfectamente al estado moral de las sociedades contemporáneas. El Dios de las justicias, ahora como entonces y siempre, busca en los hombres inteligencia y amor: inteligencia en lo recto y amor á lo verdadero; mas, desgraciadamente, nuestras modernas sociedades, como las antiguas, pero mucho más refinadas en la perversidad que éstas, se han desviado, han extraviado su cerebro y su corazón.

(1) Ps. 13.

Errores y depravación general: he aquí sintetizado en dos palabras el estado moral del siglo que recorreremos.

¿Creéis que esto no es cierto? ¿Será necesario que para convenceros de ello trace á la ligera unas sombras que dibujen, si no con expresión y viveza, al menos con exactitud, los males de que nos vemos rodeados, la tempestad que se aproxima, el caos que se abre á nuestros pies y que amenaza en él sumergirnos?

Los hombres, es verdad, han destronado de sus inteligencias á Jesucristo; pero á medida que Jesucristo, Verdad por esencia y Fuente de la verdad, se ha alejado de ellas, se aproximaron las sombras; y las nieblas del error, apoderándose del entendimiento humano fijaron en él sus reales para ordenar sus operaciones. ¿Qué extraño es, pues, que bullan en las frenéticas cabezas tanta diversidad de ideas opuestas sobre lo verdadero y lo erróneo, sobre lo lícito y lo ilícito, sobre el mérito y el demérito; y que las mismas engendren tanta variedad de pareceres, y que éstos constituyan el sinnúmero de perniciosos errores que se agitan violentamente en los humanos cerebros y que, llegando al terreno de los hechos, elaboren informemente esos sistemas monstruos de gobierno, esas utopías sociales, esos credos luciferianos? No ignoramos que hoy se habla de todo, se discute todo y se pretende conocerlo y comprenderlo todo; pero también sabemos que nunca como hoy existe menos luz, menos verdad, menos conocimiento en los hombres que han querido poner en tela de juicio las verdades más fundamentales. La luz no son las sombras, y Jesucristo es y pudo probar que Él es la luz; luego los que se desvían de la doctrina de Jesucristo están en el error. Quitad el sol del universo y nos encontraremos en el caos; borrad á Jesucristo de las inteligencias y éstas no se darán razón ni de sí mismas. Y así como los hombres, también las sociedades modernas, compuestas por aquéllos, han arrojado del solio á Jesucristo para entronizar en medio de hondos trastornos á una infame ramera, mentida deidad, que ha sabido arrastrar hasta sus inmundos pies, para que la adoren, á los seres casqui-

vanos, afeminados y lujuriosos como ella; intrusa reina que para reclutar súbditos y amantes tuvo que pregonar fingidas libertades, que no son más que doradas cadenas con que ata á los suyos para atraerlos á sí á fin de sujetarlos mejor con fiero despotismo. Pero esta indigna prostituta se sienta en las sombras, y sus amigos en las sombras están y en las sombras se agitan y negocian; y por más que en medio de su pretendida felicidad apuren la copa de los deleites; y aunque contra todos ellos se revuelvan furiosos, con las manos crispadas y ostentando el puñal, infinidad de seres que de estas orgiásticas bodas fueron excluidos, ni unos ni otros gozan de la luz; todos ellos desconocen la verdad.

2. Esto en cuanto á los males de la inteligencia; porque los males del corazón, como más prácticos, son todavía más funestos. Todo cuanto de malo hay en el mundo, dice el Aguila de Patmos, es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida; (1) esto es: sensualidad, ambición y soberbia. Nunca como ahora el mundo se halla tan corrompido en sus apetitos inhonestos, en sus palabras chocarreras y obscenas, y en sus prácticas inmundas. Toda carne ha llegado á corromper sus veredas; (2) y así como es cierto que este vicio infame engendra la malicia y la pereza y la insensibilidad y la dureza de corazón y el afán de procurarse nuevos placeres: por eso nunca como ahora el mundo ha estado tan corrompido en su desenfrenada ambición por las riquezas; y este desenfreno perverso no titubea en elegir los medios ilícitos conducentes á su fin; y de aquí la usura, el soborno, la estafa, las filtraciones de cantidades respetables, el fraude, en una palabra; mas el deseo desmedido de riqueza engendra la ambición por los cargos y por los altos puestos, porque en éstos se encuentra el dinero codiciado, dinero que se consigue, no sin oprimir al pobre, al menor y al débil, elementos más flacos, pero de cuya opresión nace el odio, y del odio la rebelión de las clases proletarias contra las ricas, y de la rebelión la lucha

(1) I Joan, 2, 16.

(2) Genes, 6, 12

encarnizada que tanto deploramos. Y como toda ambición es causa y efecto á su vez de soberbia, por eso nunca como ahora el mundo se ha encontrado tan desvanecido con ese orgullo espantoso que, como inmundo gusano que pudre el árbol donde se anida, á todos y á todo corroe, produciendo frutos tan indigestos como la ostentación, el lujo, la perversidad, hasta la duda y el ateísmo. ¡Ah! Es que la soberbia ciega los ojos del alma.

Este es, pues, el mundo y los hombres del día. Con razón pueden aplicársele las frases del mencionado profeta: «Todos se desviaron, se hicieron á una inútiles, se corrompieron... no hay quien haga bien; no hay ni siquiera uno.»

3. Y qué ¿será posible que la sociedad no halle un eficaz remedio para librarse de sus graves errores y para curarse de su grave malestar? ¿ó es que esta sociedad está condenada irremisiblemente á perecer? No; de ninguna manera. Que vuelva, sí: que vuelva sus ojos vendados al Redentor, á quien despreció; que le estudie en el bello Misterio de sus amores, y verá como *Jesucristo Sacramentado es por esencia el antídoto soberano de los perniciosos errores actuales y del malestar general de las sociedades contemporáneas.*—Veámoslo.

PARTE 1.^a

4. Desde que el padre de la mentira hubo lanzado en el cielo el horrible *non serviam*, el error hubo de cernerse en el mundo á la manera que la niebla se cierne sobre los valles en los días grandes de frío. Siempre el error ha cundido en la sociedad bajo distintas formas; pero su constitución íntima y sus aspiraciones naturales han sido en todos tiempos las mismas. No hay duda que en nuestros días se han acumulado los errores antiguos, porque, dígame lo que se quiera, errores modernos que la antigüedad no conociera, no existen; los desgraciados que se han tenido por autores de los mismos no han hecho más que levantar la losa que cubría la inmundicia cloaca y revolver el asqueroso cieno en ella contenido para extraer la porción de su agrado;

ni aun el mérito de la originalidad han gozado; hoy, empero, ellos mismos, semejantes á inmundos roedores, revolviéndose entre el fango, parte lo devoraron y parte lo han sacado al exterior, presentándolo con arte á los ojos curiosos de las sociedades contemporáneas.

5. Pernicioso, á más no poder, es el *panteísmo*, sistema ateo que confunde á Dios con el mundo, declarando no ser éste distinto de Aquél, y amalgamando funestamente el espíritu y la materia, la libertad y la necesidad, lo verdadero y lo falso, el bien y el mal, lo justo y lo injusto. Pernicioso el *naturalismo*, que proscribela divina revelación y la necesidad que de ella tiene el hombre para salvarse. Pernicioso el *racionalismo*, llámese, si se quiere, *absoluto* cuando proclama á la razón del hombre independiente de la autoridad divina, constituyéndola por único juez de sus operaciones; ó llámese, en cambio, *moderado*, cuando confunde el orden sobrenatural y el natural, equiparando la razón á la fe y rechazando todo aquello que está fuera del alcance de la razón. Pernicioso es, finalmente, el *indiferentismo*, consecuencia legítima de los delirios anteriores, que ensalza la indistinción de las doctrinas religiosas para conseguir el último fin del hombre.

He aquí bosquejadas las fuentes de los sistemas heréticos modernos cuya síntesis podría definirse: Nada con Dios, por Dios y para Dios. Todo con el hombre, por el hombre y para el hombre. ¡Blasfemia horrible! como son todas las que ha sabido arrojar el infierno en rostro de las naciones católicas de estos últimos tiempos y que, seducidas por ella como por el dulce canto de sirena, se han apresurado á cortejarla y á dejarse llevar de sus mentidas caricias.

6. Para errores extremos nada como extremas verdades; y si los errores mencionados lo niegan todo, Jesucristo en el Sacramento del amor es la afirmación de todo lo existente; es la Verdad primera, Verdad extrema, como que es la Verdad única por esencia. Es menester, por consiguiente, buscar esta Verdad; ver lo que nos enseña esta Verdad, é ir en pos de esta Verdad; y Jesucristo en el Sacramento de la

Eucaristía, no sólo es la Verdad substancial, si que también, velado en las sagradas Especies, nos muestra su doctrina, fuente purísima de verdad.

Estaba Jesucristo ante el tribunal más incompetente de la tierra, y al ser interrogado por su infame presidente si por ventura era rey, el Salvador, después de afirmar que el juez lo había dicho, añade: «Yo para esto nací, para dar testimonio á la verdad; todo aquél que es de la verdad escucha mi voz» (1). Ved, pues, á Jesucristo con sus palabras, con su doctrina, con su ejemplo y con sus costumbres dar testimonio á la verdad, de la cual Él es su principio eterno y substancial; y ahora que reside en el Sacramento del Altar prosigue dando testimonio á la misma verdad, puesto que en este Sacramento ha fijado como en maravilloso compendio sus costumbres y sus ejemplos, su doctrina y su palabra, todo cuanto es é influye en la vida de las almas y en la vida social.

«Todo aquél que es de la verdad, escucha mi voz,» ha dicho Jesucristo: luego los que no la escuchan como son todos los herejes, todos los incrédulos y principalmente los ateos y naturalistas y racionalistas é indiferentes, no son de la verdad, no están en posesión de la verdad, andan sistemáticamente á caza del error, y en el error están.

Cierto es que para semejantes desdichados, es difícil ver en el Sacramento de los altares la verdad por la que tanto anhelan y de la que tanto se jactan; pero esta dificultad no parte de Jesucristo, sino de ellos mismos que tienen velados sus ojos con las espesas cataratas de una mala voluntad, y no quieren que esa Mano prodigiosa que cura los enfermos, arranque aquellas cataratas incómodas, y ponga su vista en condiciones de admirar la eterna luz; mas si esto es cierto, también lo es que, yendo de buena fe en busca de la verdad, no hay duda que un rayo de la infinita luz penetrará en esas mentes nubladas por el error, y haciéndose paso, esclarecerá sus inteligencias. En este concepto, ¿quién duda

(1) Joan. 18, 37.

que Jesucristo Sacramentado es el infalible remedio apetecido?

7. Pero los hechos no pueden negarse; y los hay tan palpables, tan de todos los tiempos y de todos los hombres, que sería necesario cerrar los ojos del cuerpo y del alma para no verlos, y deducir lógicamente de ellos que el Divino Sacramento es oportuno remedio de los insensatos que en nada creen ó aparentan creer. ¿Qué no?

Así como, al admirar los templos dedicados á las divinidades gentílicas, decimos para nosotros mismos:—Por aquí pasaron generaciones de idólatras.—Así como, penetrando en el África, y quedándonos estupefactos ante las descomunales pirámides egipcias, repetimos para nuestro espíritu:—Por aquí desfiló un pueblo atrevido.—Así como, al examinar los escombros de Herculano y Pompeya, una voz fuerte é imperiosa se levanta en nuestra alma que nos grita:—Por aquí pasaron infinidad de sibaritas, adoradores de sus propios cuerpos:—así, al contemplar los monumentos cristianos de todos los siglos, al detenernos en esas colosales basílicas, cuyas elevadas agujas parecen querer desafiar á las nubes, no hay duda, solemos decirnos:—Por aquí han pasado millares de cristianos, adoradores de una Hostia divina para la cual estos templos fabricados fueron.—Y si los incrédulos, en favor de sí propios, me arguyeran, que así como nosotros decimos de los idólatras y de los egipcios y de los sibaritas que desconocieron la verdad, como realmente lo es, también podíamos habernos equivocado nosotros, yo les responderé que los monumentos de los sibaritas y de los egipcios y de los idólatras es cierto existen todavía, mas no existen sus cultivadores, ni el espíritu de su doctrina; empero con nuestros templos vive el espíritu cristiano que pasa á todas partes y á través de todas las edades, y arraiga y crece en las personas de buena fe; los cristianos existen, los idólatras ilustres pasaron. ¡Ah! es que aquella obra, por ser eterna, es verdadera; ésta por ser caduca no lo es. Luego Jesucristo Sacramentado, á cuyo honor se alzaron tantas sagradas fábricas, es la Verdad, y co-

mo Verdad que enseña prácticamente, es el remedio infalible y oportuno de los herejes é incrédulos mencionados.

8. Las perversas teorías de los errores enunciados, llevadas á la práctica y sobre todo á la política de los pueblos, nos trajeron en mal hora el *liberalismo*, sistema que viene á consistir en la emancipación de la razón humana de la ley de Dios. Ésta es la esencia, la base y la médula de esta herejía monstruo; porque aunque consta de varios grados, repugnantes todos, vienen á compendiarse en el grito de insubordinación, de rebelión y de independencia; en el grito luciferiano del *non serviam* al Todopoderoso. Yo no puedo detenerme en la explicación de estos grados, ni en hacer un análisis, siquiera sucinto, del liberalismo, porque no vengo á ocuparme de él como tratado; sólo sí diré, en lo que á mi discurso atañe, que los profesores menos radicales de este sistema herético, los mal llamados católico-liberales, peores que los de la *Commune* de París, que pretenden conciliar la Iglesia con el espíritu moderno, las conquistas de Jesucristo con las conquistas de una revolución impía, la libertad santa del Evangelio con las libertades impuras del infierno; los que dan tanto á Dios como al diablo y que para el efecto se valen de la sarcástica fórmula: *La Iglesia libre en el Estado libre*: son los seres más inconsecuentes que hemos conocido. ¿Cómo conciliar la luz con las tinieblas? ¿Cómo identificar á Cristo con Belial? Si creen que Jesucristo es luz y que el que está con Cristo no anda entre tinieblas, y que Belial es diametralmente opuesto á Jesucristo, ¿cómo, sin caer en tremenda inconsecuencia, pueden amar las tinieblas y seguir á Belial?

¡Ah! que dirijan sus miradas á la Hostia Santa, á la cual fantasean amar y adorar en espíritu; que se miren en Ella, y despues de haber meditado un rato siquiera entre el silencio del santuario, notarán que Jesucristo desde el Sacramento les dice: Yo soy la luz que ilumina á todos los hombres; mi doctrina, clara como la luz del día, brilla entre refulgencias divinas; si yo pido todo el corazón de los hombres, si no acepto su mitad, para que la otra quede reser-

vada al diablo ¿podré aceptar la compañía de este infernal espíritu?

Los liberales, mal llamados mansos, los que pregonan la secularización universal de lo existente, la secularización de la enseñanza y sus asignaturas, la secularización de la Religión y de la moral y con ella todas sus atribuciones, la secularización del Estado y con él la legislación y la administración pública; los que dan más al diablo que á Dios y que para conocer el grado en que se agitan se valen de la fórmula: *La Iglesia sometida al Estado*: son, es verdad, más consecuentes que los anteriores; ¿pero no piensan que de ese modo caminan al precipicio, que lo llenan todo de tinieblas y que preparan la revolución sin Dios? ¡Ah! diremos también á estos desgraciados: retroceded un paso; paraos, y fijad la vista en el Dios del Sagrario que os grita que la verdad es una; que Él sólo es la Verdad y que secularizar la sociedad es arrojarla en los negros abismos de la confusión y ponerla en las horribles garras de Satanás; y á la manera que arrancar sin necesidad al niño de los pechos de la madre para entregarlo á una mercenaria es matarle, así, arrancar al pueblo y á las instituciones sociales de la Divina Eucaristía, sustento de nuestras almas, para entregarlos á la revolución mercenaria y prostituída, es también matar á la sociedad.

Los liberales radicales, los que se proponen llevar á la práctica las últimas consecuencias del racionalismo, los que ridiculizan el Catolicismo y persiguen y azotan á la Iglesia; los que anhelan por el Estado sin Dios y que el Estado sea el dios único, al que deben incensar y sujetarse todos los hombres; los que nada dan á Dios, pero sí todo al diablo, y cuya fórmula se cifra: *El Estado sin la Iglesia*: no les diremos otra cosa sino que, al igual que á los anteriores, son unos ingratos á Jesucristo; que su proceder conduce no ya al socialismo sino á la anarquía. Que vuelvan, sí, que vuelvan sus ojos enrojecidos por el odio al Divino Sacramento, al Dios de la paz, el cual consolará su intranquilo y azorado espíritu; que hagan menos visitas á los políticos y más al

Tabernáculo santo y aprenderán, no una tejida y larga mentira, sino la verdad que á todas horas se escapa del Sacramento del amor.

9. Dije que el panteísmo, el naturalismo, el racionalismo y el indiferentismo son la horrible teoría del sistema liberal que ha sabido aristocráticamente aplicarlas; pero tras el liberalismo, y en fúnebre cortejo, como hijos que acompañan á sus padres, se presentan las sociedades hostiles á la Iglesia, las sociedades secretas, las pestes del universo, según el *Syllabus*. Verdaderas y únicas internacionales, cuyos adeptos, exigiendo con una mano el pan, y mostrando la dinamita y el cuchillo en la otra, constituyen hoy el horrible espectro que, salido de los antros infernales, amenaza bañar en sangre á las sociedades modernas, y hundirlas para siempre en el espantoso caos de la muerte. Mas, para todas ellas existe aún eficaz remedio en Jesucristo Sacramentado.

Fijad atentos, si no, vuestra vista en el *socialismo*, que tiene por objeto realizar en el mundo la fantástica igualdad universal, cuyos fines, aun después del horrible trastorno en que hayan envuelto á las instituciones, jamás podrá conseguir. Reparad en el *comunismo*, que pretende la repartición por igual de todos los bienes de la tierra, ya sean materiales, ya morales; los que necesariamente han de ser comunes, aboliendo para el efecto la autoridad, la propiedad y la familia. Sobrecojeos de espanto al considerar al *anarquismo*, que, abominando de toda autoridad y poder, proclama el exterminio de todas las clases sociales, llevándolas á sangre y fuego, para vestirse después con los despojos humanos que resten, y sentarse sobre un trono de cenizas humeantes. Dirigid por fin vuestra mirada á la *masonería*, la más terrible de todas las sociedades secretas, aliada y directora de todas ellas que, esparcida por las naciones, y sentando á sus grandes *hermanos*...? en los bancos azules, se promete de un día para otro aniquilar la Iglesia y el Estado.

10. ¡Qué escenas tan horribles, tan llenas de espanto y desolación, de dolor y ruínas se promete el mundo si las